

Historia de Baúles con Esperanza

Hace ya muchos años las raíces de Joaquín y de algunos mas, estaban anclándose en estas tierras, tal es así que 5 generaciones atrás de sus espaldas ya pisaban este bendito suelo.

Casi todos los hoy, abuelitos, ayer jóvenes adolescentes, se subían a un enorme barco de chimeneas humeantes, que trasladarían sus sueños hasta lo que ellos imaginaban era la “tierra prometida”.

Hay relatos que llegaron a nuestros oídos que así le decían, “La Tierra Prometida”, y así se lanzaron, unos antes y otros después, pero todos con la ilusión de mejorar su calidad de vida, formar una familia y “hacerse la América”, como seguro han escuchado en algún lugar por estos días.

Aunque nos cueste verlo en colores, imagino que los barcos, para nosotros grises, para ellos, eran verde “esperanza”.

¿Se imaginan la expresión de sus caras cuando divisaron la “Tierra Prometida”?, ciudades aun pequeñas, o no tanto según de donde venían, porque algunos de ellos eran de pueblitos y aldeas pequeñas del norte de España, o de los Alpes italianos o de lugares como Luxemburgo, entre Alemania, Francia y Bélgica, o quizás mas extraño o desconocido como Rostkach en Polonia.

Los años exactos en que llegaron todos estos jóvenes, son solo un dato, algunos en los últimos años de 1800, otros en los primeros de 1900, unos haciendo la América otros huyendo de la violencia de las guerras y del hambre.

Si parece que los vemos, con gorras gruesas de paño marrón, sacos toscos de botones grandes, baúles mas llenos de esperanza que de pertenencias, hablando idiomas raros, y sobre todo solos, con una mezcla de amargura de dejar y de alegría de emprender.

Muelles de puertos con inmigrantes bajando de los buques como hormigas. En el mejor de los casos, con algún familiar desconocido que los esperaba, y a quien debían identificar entre la multitud, lejos de teléfonos, y medio de comunicación alguno, como hoy conocemos.

Y así arrancaron, algunos junto a sus hermanos, otros solos, otros con su pariente de Argentina.

Hotel de Inmigrantes, hombres de pipa y toscano (una especie de habano económico) y bigotes como resorte, mujeres robustas y con peinados extraños, trenes al norte o al sur entre nubes de vapor y silbatos o campanas, caballos con carros de hierro forjado y madera, algún auto negro rezongón y flaco pero lustroso, calles de adoquines o de tierra, casas bajas, con puertas grandes de madera, ventanas chicas de cuatro vidrios, y ese inspirador aroma de éxito sobrevolando la famosa “Tierra Prometida”.

Así fue que un Vasco salió para el sur, igual que un Tano y un Luxemburgués-Alemán, y un Polaco testarudo que salió para el norte, y se fue hasta el Chaco, al algodón, para después pasar por Mar del Plata, conocer el amor de una argentina de padres italianos, y viajar mas al sur por acá nomás, cerca de Médanos, en una salina que recién comenzaba a blanquear sus parvas. Trabajo duro, áspera sal, tierra seca y espinosa. El tano, conquistó a una argentina con aires indios, y empezaron a poblar estos pueblos (acá en Chasicó) desde el trabajo en el campo, en el que cultivaron sus propios alimentos por los temores de escasez que arrastraban desde sus orígenes. El Vasco un poco mas afortunado fue empleado, pero pronto se transformó en propietario,

y la ganadería su ocupación, en aquellos años, miles de ovejas y alfalfares, acá nomás cerca del Río Sauce Chico. El otro que nos falta es el Luxemburgués-Alemán, que como suelen contar, era bueno para la herrería, asique tras su masa y su yunque forjaba hierro y futuro junto a una hija de españoles que no le iba en saga criando varios hijos. Estos últimos vivían en Bahía Blanca, según dicen tenía su herrería, a dos cuadras de la plaza central de la ciudad, hoy plaza Rivadavia. Se imaginan, plaza con plantitas aun pequeñas, caballos atados, otros tirando de carros, todo chatito, nada de edificios altos, ni la electricidad como hoy la conocemos, tan práctica.

Y pese a todo, angustias, penas, enfermedades, pero también hambre de éxito, amor e hijos, fueron haciendo la América, como ellos se lo habían jurado desde su decisión de venirse para acá del otro lado del charco. Nada es imposible, si ellos lograron torcer ese futuro que parecía resistirse, mal hacemos en quejarnos nosotros que tenemos otras herramientas, otras comodidades, a nuestros seres queridos cerca, aunque también tenemos nuestro barco, nuestro aire de éxito y nuestro futuro que forjar, quizá no tras un yunque, ni de la sal, pero tal ves si o no tras un arado, sembrando la esperanza de lograr la Argentina que ellos soñaron y que no lograron ver del todo cristalizada y dejaron en nuestras manos, con sus cosas feas, pero también con todo lo bueno que a veces ignoramos por estar acostumbrados. Pero no olvidemos nunca que para ellos fue mas difícil lograr este legado que hoy mezquinamente acariciamos, ignorando el esfuerzo incondicional que nuestros queridos abuelitos pusieron para dejarnos esta gloriosa “Tierra Prometida”.

De costumbres y tradiciones.

En aquellos barcos no solo venían ellos, también traían un montón de costumbres diferentes, tradiciones, religiones, idiomas y oficios.

A ver..., contemos un poco de lo que nos han contado, los que venían del norte de España, zona de montañas y aldeas pequeñas, usaban zapatos de gruesas suelas de madera para caminar en la nieve. Decían que cuando iban a la escuela que quedaba cerca, pero tras un cerrito, caminaban mientras comían las frutillas silvestres que crecían como pasto en las laderas de los cerros. Eso solía contar una de las vascas viejitas, abuelita que con entusiasmo contaba sus historias que siempre recordamos.

De los abuelos italianos, ellos de Piamontés, lugar dominado por los Alpes, donde se hacía agricultura pero en campitos muy chiquitos, no como los conocemos acá en Argentina, allí cada rincón se usa al máximo. En algún lugar hay alguna foto del abuelo con un sombrero muy típico de los de la zona Piamontesa (pie de monte) que era un sombrero de poca ala, baja por delante y alta por detrás, y con una pluma pequeña a la altura de la oreja derecha apretada por la cinta que divide la copa, del ala de sombrero.

Una comida, la tomamola, una mezcla de crema de leche, ajo y pimienta, que dejaban fermentar y lo comían con anchoas y pan fresco, ¿raro no?, ¿había que comer eso verdad?

De los luxemburgueses-alemanes tenemos pocos datos, pero si sabemos que de ellos heredamos el chucrut, que es una preparación de repollo para acompañar carnes rojas, y el strudel, un rico arrollado de masa finita con el corazón de manzana hecha puré, y que con crema chantilly queda muy muy rico.

Si tenemos que hablar de los polacos, solo de comentarios, porque lamentablemente no lo conocimos, pero se dice que en el lugar donde vivía el abuelo, la tierra que no se cultivaba estaba invadida por rosales silvestres, de esos como los que hay en Bariloche.

Cuentan que el abuelo era muy buen cocinero, y que todos se deleitaban con sus preparaciones. Muchas de ellas con ingredientes que él mismo cultivaba en la difícil tierra de las salinas. Quienes lo conocieron siempre admiraban como lograba hacer crecer esas impecables verduras y hortalizas. Diría que Dios le había dado el don de demostrarle al mundo que lo rodeaba, que hasta en lo mas adverso se puede tener éxito.

También cuentan las historias que nos dejó, que cuando llegaban las fiestas de fin de año, las familias debían esperar a la llegada de un representante religioso para que bendijera los alimentos para así comenzar a comer. Tengamos en cuenta que por aquel continente en las fechas de fin de año están en invierno, y que los inviernos allí son rigurosos, y el frío y la nieve abundan, y no era fácil esperar. Tampoco era sencillo que el cura llegase a tiempo por la condición del clima, asique todo era mas difícil, al punto que en algunas oportunidades debían de apartarse de las costumbres para no esperar, en algunos casos mas de un día.

Historias; de algunas aún seguimos sus costumbres, tallarines, pizza, embutidos, pancetas y jamones, guisos, sopas, strudel, chucrut, legumbres, entre otras tantas que ni sabemos que ellos trajeron para regalarnos.

Eso somos, un montón de costumbres y tradiciones que echaron raíces en esta “Tierra Prometida”, para que hoy y siempre las recordemos como lo estamos haciendo, con un poco de gracia, pero con mucho respeto.